

de buena fe: ¿es posible hallar nada mas venerable, mas útil, mas sublime y mas consolador que el Símbolo católico? Á él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres. ¡Digase ahora que los misterios son inútiles, ó que repugnan á la razon!

La verdad del Símbolo católico se da á conocer de tal modo, que cuando nuestros padres en la fe la oponian á los errores gentílicos, los jueces confundidos ni aun trataban de responder, y se contentaban con emplear la lógica de los tiranos: su boca pronunciaba una sentencia de muerte. Un niño de siete años fué citado ante el magistrado Asclepiades, perseguidor de los cristianos: «¿Quién eres? le preguntó el juez.—Soy cristiano católico;» y el niño le recitó el Símbolo y todo lo demás que habia aprendido en el Catecismo. Esta ingénuo profesion de fe irritó al tirano; sin embargo, moderando exteriormente su furor mandó llamar á la virtuosa madre del tierno héroe, y azotaron en su presencia al niño con tal crueldad, que pronto quedó bañado en sangre. Tan horrible espectáculo hizo verter lágrimas á todos los circunstantes. Mientras despedazaban su cuerpo, aquel niño de bendicion confesaba á Jesucristo, á quien su digna madre ofrecia el sacrificio de su hijo con una constancia que admiraba á los gentiles. El tierno mártir miró con ternura á su piadosa madre, y le dijo: «Tengo mucha sed;» y ella le respondió: «Hijo mio, ten un poco mas de paciencia y llegarás bien pronto á la fuente de la vida, y Jesucristo te dará para beber un agua viva que te apagará la sed para siempre.» Fuera de sí de cólera al ver la firmeza heróica del niño y de la madre, Asclepiades mandó que cortasen la cabeza al jóven atleta que no habia podido vencer. Su madre lo tomó en sus brazos, y le dió un último beso que fué tan tierno como religioso, y devolviéndolo al verdugo, dijo estas palabras del Profeta: ¡La muerte de sus Santos es preciosa delante del Señor!¹

No basta admirar el Símbolo, es preciso entenderlo: vamos, pues, á explicar sus diferentes artículos. En primer lugar, las verdades contenidas en el Símbolo se llaman artículos, segun una comparacion empleada con frecuencia por los Padres. Asi como los miembros del cuerpo se separan y distinguen por medio de *articulaciones*, del mismo modo se ha dado con mucha exactitud y razon el nombre de *artículos* á las verdades que debemos creer en particular y de un modo distinto en la confesion de la fe.

¹ Prudencio.

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra. Lo que hemos dicho de la obra de la creacion en la parte I del Catecismo, nos dispensa de extendernos largamente sobre este artículo. Hé aquí su sentido:

Creo. Creer no es lo mismo que pensar, imaginar ó concebir una opinion; creer, en este paraje, quiere decir: Tengo por verdadero, por realmente cierto lo que se contiene en el Símbolo que estoy pronto á afirmar con mi sangre. La palabra *creer* se sobrentiende y debe ponerse con el pensamiento delante de cada artículo del Símbolo.

En Dios, y no en los dioses. Esta sola palabra, con la cual profesamos la unidad de Dios, ha pulverizado la idolatría y cambiado la faz del universo. *En Dios*; creer en Dios es creer lo que enseña, y que existe; pero es tambien confiar en él plenamente sin exámen y sin duda, y tender á él como al soberano bien con todo el poder del alma¹. Este principio del Símbolo nos da á conocer cuál es la excelencia de la filosofia cristiana que nos eleva desde luego á la mas alta de todas las verdades, para hacernos con ella contemplar todas las demás. Es muy diferente de la filosofia del siglo que, sostenida únicamente por la luz natural, no se eleva sino paulatinamente con el auxilio de los efectos y de las cosas sensibles, y solo despues de largos trabajos llega á reconocer al Autor de todo lo que existe. Sin embargo el conocimiento que la fe nos da es mucho mas pronto, mas cierto y mas puro que si procediera de los argumentos de la ciencia humana².

¹ De apostolis possumus dicere: credimus Paulo, sed non credimus in Paulum; credimus Petro, sed non credimus in Petrum... quid est ergo credere in eum? Credendo amare, credendo diligere, credendo in eum ire, et ejus membris incorporari. (S. Aug. In Joan. Tract. XXIX. n. 6).

² Necessarium est homini accipere per modum fidei non solum ea quæ sunt supra rationem, sed etiam ea quæ per rationem cognosci possunt: et hoc propter tria. *Primo* quidem, ut citius homo ad veritatis divinæ cognitionem perveniat; scientia enim ad quam pertinet probare Deum esse et alia hujusmodi de Deo, ultimo hominibus addiscenda proponitur præsuppositis multis aliis scientiis. Et sic non nisi post multum tempus vitæ suæ homo ad Dei cognitionem perveniret. *Secundo*, ut cognitio Dei sit communior: multi enim in studio scientiæ proficere non possunt: vel propter hebetudinem ingenii, vel propter alias occupationes et necessitates temporalis vitæ, vel etiam propter torporem addiscendi; qui omnino Dei cognitione fraudarentur, nisi proponeretur eis divina per modum fidei. *Tertio*, propter certitudinem. Ratio enim humana in rebus divinis est multum deficiens, cujus signum est quia philosophi de rebus huma-

Padre. Damos á Dios el nombre de Padre, por tres razones: La primera, porque es Padre de todas las criaturas, no por naturaleza ni por adopción, sino por creación, y que su poder y su providencia admirable se extienden á todo. *¿No es el Señor vuestro Padre, nos dice la Escritura, y vuestro Soberano que os hizo y os sacó de la nada? ¿No es él vuestro único Padre?* La segunda, porque es Padre de todos los justos, no por naturaleza, sino por adopción. *No hemos recibido el espíritu de servidumbre, dice el Apóstol, para vivir en el temor como esclavos, sino el espíritu de adopción de los hijos de Dios, por el cual clamamos: Padre mío, Padre mío!* Dios, en efecto, dice san Juan, *nos ha manifestado tal amor, que somos llamados, y lo somos realmente, los hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, que es el primogénito de muchos hermanos, y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos.* La tercera, porque es el principio sin principio, y que desde toda la eternidad engendra á su Hijo, el Verbo divino, por quien todo fué hecho.

Sin embargo, cuando decimos que el Padre es la primera persona, no ha de creerse que reconocemos en la Trinidad algo de primero y de último, de mayor ó de menor. ¡No permita Dios que semejante impiedad penetre en la mente de los fieles! La religion cristiana enseña que la misma eternidad, el mismo poder y la misma majestad corresponden á las tres Personas, y que no hay entre ellas diferencia ni desigualdad alguna. Toda la distincion que se conoce en ellas procede de sus propiedades respectivas: el Padre no es engendrado, el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del uno y del otro. Hé aquí como confesamos y adoramos la unidad en la esencia divina, la distincion en las personas, y la igualdad en la Trinidad.

Todopoderoso. Entendemos por esta palabra que no hay nada, que es imposible imaginar nada que sobrepuje el poder de Dios. No solamente puede hacer todo lo mas difícil que es capaz de concebir la imaginacion, como hacer que vuelva el mundo á la nada, ó criar en

nisi naturali investigatione perscrutantes in multis erraverunt et sibi ipsis contraria senserunt. Ut ergo esset indubitata et certa cognitio apud homines de Deo, oportuit quod divina eis per modum fidei traderentur, quasi à Deo dicta qui mentiri non potest, (D. Thom. Quæst. 11 de actu fidei, art. 4).

¹ Deut. xxxii, 6; Malach. ii, 10.

² Rom. viii, 15.

³ I Joan. iii, 1; Rom. viii, 17; Hebr. ii, 11.

un instante otros varios mundos, sino que su poder se extiende tambien á cosas infinitamente mas elevadas, cuya posibilidad ni siquiera podria sospechar la razon humana. No obstante, aunque todopoderoso, Dios no puede mentir, ni dejar de ser, ni engañar, ni ser engañado, ni pecar, ni ignorar nada; cosas estas que solo pertenecen á los seres imperfectos. Así pues, al mismo tiempo que reconocemos la omnipotencia de Dios, creemos que se halla enteramente exento de todo lo que no está en armonía con su naturaleza infinitamente perfecta.

Hagamos aquí una advertencia importante: no deja de haber razones muy sabias para que el Símbolo principie proponiéndonos la omnipotencia de Dios como el objeto de nuestra fe. Los Apóstoles quisieron con esto que nouviésemos ningun trabajo en creer las maravillas de la naturaleza, ni las de la gracia, cuyo abreviado relato contienen los artículos siguientes. En efecto, luego que creemos que Dios es todopoderoso, confesamos, por consiguiente, que tiene el conocimiento de todas las cosas y que todo está sometido á su voluntad. Desde entonces, por grande y elevado que sea lo que se nos proponga para creer, la razon humana dará su asentimiento sin esfuerzo para admitirlo. ¿Se trata de bienes que esperar? Nunca su grandiosidad hará vacilar la confianza del alma, y por el contrario sentiremos que nuestros deseos y esperanzas se fortalecerán con este pensamiento que es preciso recordar con frecuencia: Nada es imposible á un Dios omnipotente. Tengamos, pues, cuidado de fortificar nuestra fe con la omnipotencia de nuestro Padre, cuando en utilidad del prójimo tengamos que hacer alguna cosa difícil ó deseemos obtener algo por medio de la oracion.

El mismo Salvador nos dice estas admirables palabras para animar nuestro valor: *Si tuviéreis fe quanto un grano de mostaza, diréis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.* Y para excitar nuestra confianza en la oracion, nos dice por boca del apóstol Santiago: *Pero pidala con fe, sin dudar en nada; porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento, y la trae acá y allá. Y así no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor.*

Las demás ventajas de esta fe en la omnipotencia de Dios son:

¹ Matth. xvii, 19.

² Jacob. i, 6.

1.º humillar nuestro orgullo é inclinarnos á la humildad haciéndonos conoèer nuestra flaqueza. Así es como todo, hasta una palabra, tiende en la Religion á curar al hombre de las consecuencias del pecado, y á hacerle conforme al segundo Adán. 2.º Hacernos temer á Dios. *Mas yo os mostraré á quien habeis de temer*, nos dice el Salvador; *temed á Aquel, que despues de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno. Así os digo, á éste temed* ¹. 3.º Recordarnos la inmensidad de los beneficios de nuestro Señor para con nosotros. Cualquiera que piensa en la omnipotencia de Dios, sería en el mas alto grado ingrato si no exclamara con frecuencia: *Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso* ².

Criador. Esta palabra significa que Dios ha hecho todas las cosas de la nada, y que puede aniquilarlas. Los Ángeles, los hombres, y hasta los demonios pueden hacer y deshacer ciertas cosas; pero no pueden hacerlas sin alguna materia preexistente, ni deshacerlas sino para reducirlas á alguna otra cosa. Así pues, un albañil no puede hacer una casa de nada, pues necesita piedras, cal y madera, ni destruirla de modo que la aniquile, sino simplemente reducirla á piedras, polvo y madera. Solo Dios es llamado criador, y lo es realmente, porque solo él no necesita materia para hacer sus obras.

Criador. Esta palabra no designa solamente al Padre, porque la obra de la creacion es comun á las tres personas de la santa é indivisible Trinidad. En efecto, si en el Símbolo aprendemos que el Padre crió el cielo y la tierra, leemos del Hijo en la Escritura: *Todas las cosas fueron hechas por él* ³; y del Espíritu Santo: *El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas* ⁴. *Los cielos han sido asegurados por la palabra del Señor*, dice el Salmista, y *toda su belleza es el efecto del soplo de su boca* ⁵.

Del cielo y de la tierra. Con estas palabras se entiende no solamente el cielo y la tierra, sino todo lo que encierran: los minerales, los vegetales, los animales, el hombre, los Ángeles y todas las criaturas visibles é invisibles. Se contenta con decir *Criador del cielo y de la tierra*, porque el cielo y la tierra son las dos principales partes

¹ Luc. xii, 5.

² Ibid. i, 49.

³ Joan. i, 3.

⁴ Genes. i.

⁵ Psalm. ix.

del mundo: la una superior donde habitan los Ángeles; y la otra inferior donde habitan los hombres. Ahora bien, los Ángeles y los hombres son las mas nobles de las criaturas, á quienes obedecen y se refieren todas las demás, como los Ángeles y los mismos hombres están obligados á obedecer y referirse á Dios.

Tal es la explicacion sencilla y literal del primer artículo de nuestra fé. Tal vez no sospechais todo lo que de profundo encierra. Pues bien, estas luminosas palabras: *Creo en un solo Dios, criador y conservador de todo el universo*, que resplandecen al frente del Símbolo católico, son en el mundo de los espíritus lo que el sol en el mundo de los cuerpos.

Naciones de Europa, sabedlo bien, á este primer artículo sois deudas de vuestras luces y de vuestra superioridad. Decidme sino, ¿quién ha desvanecido aquella nube de divinidades absurdas que recibian el incienso de los gentiles degradados en los treinta mil altares de la Roma de los Césares? ¿Quién os libertó del dogma bárbaro de la fatalidad, que sometiendo á los filósofos de Grecia y de Italia bajo el cetro de hierro de un ciego destino, ahogaba en ellos el sentimiento de la libertad moral, y les condenaba á la insensibilidad estóica, ó á los horrores de la desesperacion?

Y vosotros, sabios modernos, justamente orgullosos de vuestros descubrimientos, decidme tambien, ¿quién libertó la ciencia de la naturaleza de las innumerables cosmogonías de la Grecia y de la India antigua? ¿Quién dió fin á esas vacilaciones eternas sobre el origen de las cosas, en las cuales se consumió por tanto tiempo y tan en vano el fuego sagrado del genio? Recorred con la historia en la mano la cadena de los siglos, y veréis que la ciencia se emancipó el día en que por primera vez resonó en el mundo el Símbolo católico. Su primera palabra es el pedestal de la ciencia de la naturaleza, así como de la ciencia de Dios. Y para que no lo olvideis, recordad que el siglo pasado no cayó en los errores que os dan compasion sino por haber querido hacer pedazos esta base necesaria, este punto de partida de todas las investigaciones.

Y á vosotros, hombres, cualesquiera que seais, que padecéis y gemís en la tierra, ¿qué os diré? ¿Á quién debeis el dogma consolador de una Providencia maternal, atenta á vuestros deseos y sensible á todos vuestros infortunios? ¿Quién restableció para vosotros en la lengua humana esta palabra tan dulce: esperanza? ¿Quién,

sino el primer artículo del Símbolo católico? Si lo dudais, recordad los pueblos gentiles de la antigüedad, y ved las poblaciones idólatras de los siglos modernos. Alcese, pues, un concierto unánime de bendiciones de entre los pueblos cristianos hácia el Criador y Padre que revelándose á ellos se dignó proporcionarles tan grandes bienes. Honra para el corazon fiel al Símbolo católico; baldon para el que se avergüenza de él, desgraciado el que lo desdeña, anatema al que lo ataca.

El artículo segundo del Símbolo está concebido así: *Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor*. Decimos: Creo en Jesucristo, como decimos: Creo en Dios Padre, porque el Hijo de Dios, Jesucristo, es Dios como el Padre. Así pues, no nos hemos de contentar con tener por cierto lo que la fe nos enseña sobre Jesucristo, sino qué hemos de acompañar esta conviccion con sentimientos piadosos, y es preciso que nuestro corazon se aficione á Dios, se complazca en él, y corresponda al amor que nos ha manifestado. De este modo la fe, animada por la caridad, unirá nuestro espíritu al espíritu del segundo Adán, nos hará vivir con su vida, y participará de los frutos de su redencion.

En Jesucristo. La palabra *Jesús* quiere decir Salvador, nombre que no se dió por casualidad, ni por el juicio y la voluntad de los hombres, al Verbo hecho carne, sino por mandato y disposicion del mismo Dios; porque el Ángel, al anunciar á María que seria Madre de Dios, le dice estas palabras: *Hé aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús*¹.

Es verdad que varios llevaron este nombre en la Escritura, porque eran las figuras del verdadero Salvador; pero ningun otro mas que Jesucristo lo realizó en toda su extension; él y únicamente él salvó al mundo del pecado, del demonio y de la muerte eterna. El nombre de Jesús, pronunciado con fe viva, tiene la virtud de hacer inútiles todos los esfuerzos de los enemigos de nuestra salvacion, y ha de estar con frecuencia en nuestros labios y constantemente en nuestro corazon.

El nombre de *Cristo*, añadido al de Jesús, significa ungido ó consagrado. Era una ley y costumbre entre los hebreos consagrar con el óleo santo á los Reyes, Sacerdotes y Profetas, y por esto se les lla-

¹ Luc. 1, 31. — Acerca del respeto debido al nombre de Jesús, véase la *Fiesta de la Circuncision*, t. VIII.

maba los cristos ó ungidos del Señor. Esta consagracion era el símbolo de la gracia particular que Dios les comunicaba para ejercer dignamente sus funciones. El ministerio de los Sacerdotes tiene por objeto encomendar el pueblo á Dios por medio de asiduas oraciones, ofrecer sacrificios y hacerse mediadores entre Dios y los hombres; los Reyes están encargados de gobernar los pueblos, establecer y hacer observar las leyes, proteger la vida de los inocentes y castigar los crímenes de los malvados; y como estos dos ministerios parecen representar en la tierra cierta cosa de la majestad de Dios, los que se escogian para el trono y el sacerdocio debian ser ungidos ó consagrados por el óleo santo¹. Tambien se acostumbraba dar la uncion á los Profetas, porque eran los intérpretes del Dios inmortal y sus embajadores, encargados de corregir las costumbres y de anunciar el provenir. Ahora bien, nadie merecia mejor el nombre de *Cristo* que nuestro Señor, porque es á un tiempo Rey, Sacerdote y Profeta, y la uncion con que está consagrado no es una simple participacion de la gracia divina, sino la divinidad misma que mora en él.

En primer lugar es Rey, no solamente como Dios, sino como hombre revestido de nuestra naturaleza; y bajo esta cualidad le hizo anunciar su Padre al mundo: *Y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino*². Le dió todo poder en el cielo y en la tierra, y el mismo Salvador destrozó el imperio del demonio, que era la idolatría, salvó á los elegidos, é hizo la conquista del linaje humano, rescatando á todos los hombres al derramar su preciosa sangre. Que quieran ó no, que lo sepan ó lo ignoren, él es el que reina aun en las naciones; su reinado es espiritual y eterno, y principiado en la tierra, será consumado en el cielo.

En segundo lugar es Sacerdote. En efecto, ofreció un sacrificio al cual ningun otro puede compararse, un sacrificio del que solo eran una figura todos los de la ley antigua, y continúa ofreciéndolo todos los dias en los altares del mundo entero. Propiamente hablando, nuestro Señor es el único Sacerdote, pues todos los demás no son mas que representantes y ministros suyos; es además Sacerdote segun el orden de Melquisedech, como lo habian anunciado los Profetas, pues se ofreció una vez por sus propias manos á Dios su Padre

¹ Levit. VIII, 12; IV Reg. IX, 6.

² Luc. 1, 32, 33.

en la última cena, bajo los símbolos del pan y del vino, y se ofrece aun todos los días del mismo modo en el altar por mano de los sacerdotes.

En tercer lugar es Profeta. Había recibido de su Padre la ciencia de todas las cosas; todos los que han sido honrados con el nombre de Profetas no eran mas que sus discípulos, enviados delante de él para anunciar al que debía dar á los hombres la verdadera noción de los misterios de Dios: ejerció él mismo además el ministerio de Profeta, demostró en muchas circunstancias que conocía perfectamente los pensamientos mas secretos del alma y los mas recónditos sentimientos del corazón, y vaticinó con certeza acontecimientos que se verificaron al pié de la letra, como su pasión y sus principales circunstancias, su muerte y su género de muerte, y la ruina de Jerusalem y del templo. Todos estos acontecimientos, cumplidos exactamente, son la garantía del cumplimiento de los que aun no lo han sido, tales como su nueva venida á la tierra al fin de los siglos para juzgar á todos los hombres, y dar á cada cual segun sus obras.

Su único Hijo. Estas palabras nos enseñan que el Padre todopoderoso, de quien hemos hablado en el artículo primero del Símbolo, tiene un Hijo verdadero, un Hijo por naturaleza, que se llama Jesucristo, verdadero Dios como su Padre que le engendró desde toda la eternidad. Pues bien, cuando oímos decir que Jesucristo es Hijo de Dios, guardémonos bien de representarnos su nacimiento de una manera material y terrestre, y si deseamos formarnos de él alguna idea, recurramos á la siguiente comparacion: Cuando una persona se mira en un espejo, produce en seguida una imagen de sí misma tan perfectamente semejante, que es imposible hallar diferencia alguna entre ella y la persona. En efecto, no solo le es semejante en las facciones y colores, sino tambien en la actitud y en los movimientos; y esta imagen tan perfectamente semejante se forma sin esfuerzo, sin intervalo de tiempo, sin instrumento, y súbitamente y con una sola mirada.

Así pues, debéis pensar que Dios, contemplándose á sí mismo con el ojo de la inteligencia en el espejo de su divinidad, formó una imagen exactamente semejante á sí mismo, y habiendo dada Dios á esta imagen la realidad de todo su ser, lo cual no podemos hacer nosotros mirándonos en un espejo, resulta que esta imagen es verdaderamente el Hijo de Dios, mientras que las imágenes de nosotros

mismos que formamos en un espejo no son nuestros hijos. De esta suerte se ve como el Hijo de Dios es Dios como el Padre y un mismo Dios con el Padre, pues tiene la misma sustancia que éste, y se ve además que siempre ha existido lo mismo que el Padre, pues fué engendrado por la sola contemplacion que Dios hace de sí propio, contemplacion que como él es eterna¹.

Creemos, pues, con fe firme y honremos con devocion profunda el misterio por el cual Dios el Padre engendra al Hijo desde toda eternidad; misterio que, á pesar de todas las semejanzas, permanece superior á la razon y debe arrobarnos de admiracion como al Profeta: *¿Quién podrá, exclamaba, contar su generacion?* Creemos afortunadamente, y bajo el testimonio del mismo Dios, que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre, que tiene el mismo poder, la misma sabiduría y la misma eternidad, segun esta explicacion mas extensa del concilio de Nicea: *Y en Jesucristo, su único Hijo, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no criado, consustancial al Padre, por quien todo fué hecho.*

Jesucristo es llamado Hijo único de Dios, porque es el único verdadero Hijo suyo. Nosotros somos hijos de Dios; pero solo es por adopcion, es decir, por la eleccion de Dios y por la gracia, en tanto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios por naturaleza, y es el único que lo sea así.

Nuestro Señor. Jesucristo es nuestro Señor ó nuestro Soberano: 1.º como Dios, porque nos crió y nos conserva; 2.º como hombre, porque nos rescató, y á subido precio, y el Padre le dió todo poder en el cielo y en la tierra; 3.º como Hombre-Dios: esta union admirable de la naturaleza divina y la humana en una sola persona le haria nuestro Mesías aunque no hubiera muerto por nosotros, pues por ella es Dueño soberano de todas las criaturas en general, y especialmente de los fieles que le están unidos como los miembros á su cabeza, como los hijos á su padre, y como los discípulos á su maestro, porque de Jesucristo hemos tomado nuestro nombre de cristianos. Nos hemos puesto, pues, bajo su ley en el día de nuestro bautismo, y le hemos jurado una fidelidad eterna.

Así pues, pertenezcamos á Jesucristo mas aun que un criado, que

¹ Belar. *Dottr. crist.* pág. 22.

² Isai. LIII, 8.

un esclavo á su amo, y un hijo á su padre. Sin embargo, un Señor tan poderoso nos trata con tanta caridad, que se digna darnos, no el nombre de esclavos, sino los dos nombres de hermanos y amigos. Hé aquí una de las razones mas justas, y aun ignoro que las haya mas justas, para obligarnos á reconocerle, respetarle y honrarle como á nuestro Señor.

Los dos primeros artículos del Símbolo nos enseñan que procedemos de Dios y que pertenecemos á él de un modo enteramente especial. ¡Á qué sublime virtud no es capaz de elevarnos esta sola palabra bien comprendida! Un emperador romano tenia un magnífico ciervo que habian conseguido domesticar; objeto de las caricias y del afecto de su amo, este hermoso animal vivia en el palacio á donde volvía todos los dias despues de haber visitado las selvas inmediatas; mas, temeroso el emperador que en las correrías que hacia fuera del palacio le persiguiese ó hiriese alguno, mandó grabar sobre un collar de oro que le pusieron estas palabras: *No me toques, pertenezco á César.*—Nosotros procedemos de Dios, pertenecemos á él, somos su propiedad, nos ha marcado con su sello; nuestra alma y sus facultades, nuestro cuerpo y sus órganos llevan la señal de su divinidad, y en una palabra, brilla en todo nuestro ser esta inscripcion sagrada: *No me toques, pertenezco á Dios.* Sepamos respetarla en los demás y hacerla respetar en nosotros mismos, no dejándonos seducir por los malos ejemplos, ni arrebatar por las pasiones, ni reducirnos á la esclavitud por el espíritu de malicia, que es el enemigo de Dios y nuestro principal enemigo.

¿Qué diremos ahora de las ventajas de que el mundo es deudor al artículo segundo del Símbolo? Aunque solo las considerásemos bajo el aspecto intelectual, necesitaríamos volúmenes enteros para exponerlas. Las sociedades cristianas deben á la fe en este artículo segundo, es decir, en la revelacion que Dios nos hizo de Jesucristo, sus nociones tan justas sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo, y sobre las relaciones entre superiores é inferiores. En efecto, Jesucristo es la última palabra de la ciencia de Dios, de la del hombre, de la de la sociedad y de la del mundo. Estas solas palabras: *Jesucristo ó el Hijo de Dios hecho hombre para salvar al género humano* nos dicen mas sobre la justicia, misericordia y sabiduría infinitas de Dios, sobre la inmensa dignidad del alma humana, sobre la inmensidad del mal y sobre la degradacion y la rehabilitacion de las criaturas, que todos los Profetas antiguos, todas las tradiciones de los pueblos,

y todos los libros de los filósofos. ¡Jesucristo! él es el sublime resumen de la historia del mundo. Los cuarenta siglos que preceden á su venida nos conducen á él, y todos los siglos que la siguen se refieren tambien á él, es decir, á la formacion de su cuerpo místico, que es la Iglesia. Á esto van coordinados todos los acontecimientos, y todos los pueblos con sus revoluciones gravitan hácia este centro único, como todos los astros hácia el sol. Quien esto ignora, jamás comprenderá una página de la historia, hablo de la historia profana; al contrario, con este dato tan sencillo y elevado se explica todo, el genio se engrandece y fecundiza, y cada pueblo, cada acontecimiento se ve en su destino, y se clasifica segun la importancia que tiene en el plan general.

No me asombro ya al oír al grande Apóstol, tan profundamente instruido en todas las cosas, exclamar con santo entusiasmo: *Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado*¹; ni me asombro ya de oír á uno de los genios mas brillantes y tal vez la *cabeza mas fuerte* que haya aparecido nunca sobre la tierra, santo Tomás, confesar sin embozo: *Que habia sacado toda su ciencia del pié de su Crucifijo.*

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que iluminó nuestra alma con las vivas y seguras luces de la fe. ¡De cuántos errores nos ha curado, y de cuántos desórdenes nos ha apartado enseñándonos á conoceros, y á conocernos á nosotros mismos y á las criaturas! Dadnos la gracia de aprovecharnos bien de tantas luces, porque se pedirá mucho á aquel á quien mucho se haya dado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé con atencion las lecciones del Catecismo.*

¹ I Cor. II, 2.